

Nacionalismo e Ideologías Imperiales: La Guerra Ítalo-turca de 1911

Nationalism and Imperial ideologies: The Italo-Turkish War of 1911

Sofía Forte*¹

Resumen

La guerra ítalo-turca de 1911 parece ser uno más de los episodios bélicos ocurridos antes de la Primera Guerra Mundial. Sin embargo, el contexto en el que se desarrolló tiene particularidades que permiten comprender los posibles motivos de la emergencia de ideologías nacionalistas protofascistas. Se trata aquí de reconstruir brevemente la escena italiana con relación a Europa y a sus colonias, entendiendo los rasgos locales que adquirieron este tipo de ideas en un contexto que se extendía más allá de la realidad de la península itálica. A su vez, no se dejará de enfatizar el rol deshumanizante que siempre atraviesa la ejecución de un bombardeo, el cual a su vez cobra especial relevancia por haber sido el primero que se realizó mediante una aeronave.

Palabras Clave: guerra ítalo-turca, bombardeo, nacionalismo, ideología

Abstract

The Italo-Turkish war of 1911 seems to be just another military episode preceding World War I. However, the context in which it unfolded presents particularities that help explain the possible reasons behind the emergence of proto-fascist nationalist ideologies. This article aims to briefly reconstruct the Italian scenario in relation to Europe and its colonies, analyzing the local characteristics these ideas acquired within a broader context that extended beyond the Italian Peninsula. Additionally, emphasis is placed on the dehumanizing nature inherent in the execution of bombings, a factor of particular significance in this conflict as it marked the first use of an aircraft for such purposes.

Keywords: *Italo-Turkish war, bombing, nationalism, ideology*

¹* Universidad de Buenos Aires. Mail: sfcnba@gmail.com. <https://orcid.org/0009-0004-7551-2120> Fecha de recepción: 26/03/2025. Fecha de aceptación: 30/05/2025.

I. Introducción

El objetivo de este trabajo es comprender cuáles son las motivaciones ideológicas para llevar a cabo una guerra. Para ello, nos enfocaremos en el caso de la guerra ítalo-turca (1911), la cual resulta sumamente relevante por su cercanía cronológica a la Primera Guerra Mundial (1914).

A su vez, considero que se trata de un tema estudiado por especialistas de Medio Oriente, pero poco trabajada dentro de Latinoamérica. Estimo que resulta fructífero analizar este tipo de experiencias en tanto ambos son continentes que han sufrido y sufren genocidios de estas características, generalmente bajo justificaciones ideológicas que encuentran fuertes paralelismos.

Por otra parte, la primera década del siglo XX es fundamental para comprender las transformaciones sociales y económicas que estaba viviendo Italia. El crecimiento industrial se acompañaba de la formación de nuevos actores sociales. Si bien existió una mejora en términos generales de la calidad de vida de la población, esto no ocurrió sin profundas diferencias regionales, específicamente entre el norte y el sur. Por lo visto, las soluciones propuestas por el primer ministro liberal Giolitti no resultaban fructíferas y la guerra de Libia se establecía como una posible solución al ofrecer un canal de inmigración para los más desfavorecidos.

Considero que la guerra ítalo-turca forma parte del ascenso de un nuevo tipo de nacionalismo italiano, que comienza a rechazar las debilidades asociadas al liberalismo al inclinarse por posturas belicistas. El modelo de Giolitti ve el camino hacia su fracaso, la guerra de Libia sería un antecedente fundamental en cuanto a los ensayos ideológicos que se construyen en torno a una transformación de la nación. Sin embargo, su política industrial fue fundamental para que ocurriera este tipo de cambios ideológicos, dado que durante su gobierno se constituyeron lazos profundos entre la banca y la industria. Esto último logró posicionar a Italia a nivel productivo, así como también implementar profundas innovaciones en el campo de la guerra. Son ejemplo de ello las telecomunicaciones o el monoplano Blériot XI creado en Francia, el cual permitió que se realizara el primer bombardeo aeronáutico de la historia.

Para abordar este trabajo, enfocaré el análisis en los efectos del nacionalismo en tanto concepto polisémico, cuyas implicaciones tienen modificaciones bajo distintos contextos históricos. Bajo esta perspectiva, entiendo las transformaciones que surgen en el marco de la construcción de una conciencia nacional que va desde una visión liberal hacia una con mayores grados de autoritarismo político. Dentro esta perspectiva, analizaré la interrelación que tiene en este caso específico con ideologías imperialistas, así como también con distintas esferas de la vida social. A su vez, busco establecer que la guerra constituye un símbolo político sumamente relevante en donde se pone en valor el crecimiento industrial, así como también forma parte de la legitimación de Italia como nación, tanto ante el resto de Europa como para los ciudadanos locales.

De esta manera, considero que este análisis es necesario porque los procesos bélicos continúan ocurriendo en el presente. A su vez, las justificaciones ideológicas, si bien son distintas, hallan elementos en común a lo largo de la historia, por lo que resulta fundamental reconstruir este tipo de argumentos dado que se encuentran en los discursos del presente. Por otra parte, el nacionalismo es una tradición política que continúa descubriendo nuevos caminos para motorizar ideologías de diversa índole. Finalmente, quisiera señalar que entiendo a la tecnología como el producto de un entramado institucional y, a su vez, como un elemento fundamental para entrar dentro del esquema de competencia internacional.

Este trabajo tendrá fuentes primarias de diversa índole: tratados internacionales (específicamente el Tratado de la Triple Alianza de 1912), escritos de la época, periódicos y fotografías que buscan reconstruir el clima social de aquel período. Los tratados permiten comprender el escenario diplomático que vivía Italia para 1911, los escritos y los periódicos logran reconstruir las visiones sobre la guerra en Libia dentro de la opinión pública y las fotografías permiten ilustrar las aplicaciones de la tecnología en la guerra ítalo-turca. Estas últimas muestran al monoplano Blériot XI, así como también la utilización de comunicaciones inalámbricas.

Por otra parte, nos enfocaremos en el rol de Giolitti como representante simbólico de la política liberal en contraposición a la construcción de gobiernos de corte autoritario. Considero que su figura constituye un paradigma que fue sumamente cuestionado dentro de

las nuevas formas ideológicas que emergieron durante este período. Para ello incluiremos una breve contextualización histórica dentro de nuestro trabajo que incluirá una reconstrucción ideológica, acompañada con diversos hechos específicos del período.

El recorrido del trabajo finalizará con una de las vanguardias artísticas más relevantes del siglo XX: el futurismo italiano. Será un abordaje breve sobre la figura de Marinetti, quien será una de las máximas expresiones de la nueva ideología que se estaba constituyendo en torno a una nueva forma de justificar la guerra y que tendrá fuertes asociaciones con el fascismo italiano.

II. El Imperialismo como ideología

Durante el siglo XIX ha habido numerosas empresas de expansión imperial por parte de las principales potencias mundiales. Desde un punto de vista histórico, la búsqueda por ocupar nuevos territorios ha ocurrido en períodos muy remotos. Un ejemplo de ello es la expansión de la polis ateniense en un proceso que se categorizó como parte de un desarrollo imperialista. Por supuesto que existen diferencias entre las necesidades del mundo antiguo en comparación al período contemporáneo. Sin embargo, resulta relevante señalar este fenómeno dada la influencia de la cultura grecorromana en el pensamiento occidental. Si consideramos las posturas de Aristóteles sobre los “bárbaros” podemos trazar ciertos paralelismos en la construcción de una ideología que busca justificar el sometimiento de pueblos extranjeros. Ejemplo de ello es el postulado que afirma: “(...) la naturaleza ha querido que bárbaro y esclavo fuesen una misma cosa” (Aristóteles, 1988, p. 47). No es menor la atribución de “natural” al orden que se buscaba reproducir: este tipo de argumentación es muy frecuente incluso actualmente para justificar jerarquías sociales. Es habitual que se entrecrucen descubrimientos científicos asociados a la biología para reforzar este tipo de ideologías. Un ejemplo de ello es la apelación al darwinismo social de autores como Herbert Spencer, quien es reconocido por aplicar el postulado de la “supervivencia del más apto” al análisis de las sociedades. Dicha selección natural, a su vez, permitiría el triunfo de los individuos más ajustados al modelo de civilización y progreso. Por supuesto que la justificación de la opresión a diversas poblaciones no se desarrolla solamente gracias a los postulados de un grupo de intelectuales, pero sus ideas

permiten adquirir una mejor comprensión de los fenómenos sociales que estaban ocurriendo entre el siglo XIX y el XX.

Por este motivo, me interesa profundizar en una noción central para la construcción de una ideología imperialista: “el progreso”. Se trata de un concepto polisémico, que requiere una gran cantidad de contexto para ser comprendido. Sin embargo, trataremos de definir qué es lo que representaba para los contemporáneos a las empresas de expansión territorial. En principio, es relevante comprender que dentro de sus definiciones se engloba una visión teleológica del desarrollo histórico. En este sentido, las acciones políticas de conquista territorial contribuyen a un fin mayor: el avance de la humanidad. A su vez, se concibe al progreso como un desarrollo gradual del orden. (Comte, 1967, p. 2) Estas definiciones encontraban un límite en los ideales de libertad, dado que no podría ser posible mantener un orden social sin establecer algún tipo de coerción social. Esto especialmente si consideramos que en procesos de conquista territorial los consensos que se buscan establecer promueven prácticas de explotación económica y social que los locales reconocen como tales. Esto no significa que estas prácticas no existieran anteriormente, ya que a lo largo de la historia hubo numerosas estructuras de explotación previas a la conquista, de las cuales los colonizadores lograron beneficiarse. Sin embargo, se trataba de un balance delicado, que requería de colaboradores que lograran equilibrar los intereses locales, tal como indica Robinson (1978): “Las élites sociales de África y Asia, colaboradoras o no, que formaron parte de la gran mayoría de los compañeros involuntarios del imperialismo, debieron mediar con el extranjero en pro de sus instituciones tradicionales y constitutivas” (p. 190).

Por otra parte, esta estructura de dominación no estaba exenta de la promesa del progreso para los locales, para lo cual resultaba fundamental la ideología de un avance técnico que fuera el símbolo del poder europeo. Resulta paradójico que el fetichismo religioso apareciera en Comte (1967) como uno de los estados más atrasados de las sociedades, siendo que el positivismo tenía el suyo, el desarrollo tecnológico. Por supuesto que ello implicaba la consecuente denigración de los saberes locales, lo cual reforzaba la idea de superioridad cultural necesaria para establecer la dominación. Si bien es cierto que existió un empobrecimiento relativo y un desarrollo tecnológico más lento, esto no se debió

a la falta de capacidades intelectuales de los nativos, tal como buscaba señalar Macaulay (1835) al expresar que nunca había encontrado entre los orientalistas alguno que pudiera negar que un solo estante de una buena biblioteca europea valía por toda la literatura nativa de la India y Arabia. (p. 3) Por el contrario, la brecha entre las regiones de África o Asia se explicaba por las relaciones de explotación que existían dentro del territorio.

Es pertinente señalar que el imperialismo formaba parte del sistema capitalista, que se construyó en base al sometimiento de trabajadores a condiciones inhumanas, tal como señaló Marx (2018): “(...) el capital lo hace chorreando sangre y lodo desde la cabeza a los pies” (pp. 103-104) Con lo cual, el desarrollo de este sistema comenzó con la tarea de establecer las condiciones necesarias para que los sectores subalternos estuvieran constantemente obligados a someterse a regímenes de trabajo sumamente opresivos. Por supuesto que esto no solo ocurría en los territorios que se conquistaban, sino también en las mismas potencias europeas. Resulta necesario establecer las desigualdades que este nuevo sistema propiciaba no solo entre naciones, sino también en el seno mismo de sus sociedades, dado que quienes detentaban los medios de producción tendrían una experiencia subjetiva radicalmente diferente a quienes eran desposeídos de ellos. A su vez, dentro de estos últimos existirían desigualdades entre mujeres, niños y hombres, con lo cual podríamos comprender que el imperialismo era parte de esta configuración expoliadora. Tal como indicamos previamente, las diferencias culturales no serían el motivo de la brecha entre países, sino los métodos que utilizarían las grandes potencias para lograr beneficiarse de las materias primas de países periféricos. De esta manera, como señala Marks (2007), los europeos tenían colonias que les suministraban grandes cantidades de energía. (p. 183) Por lo tanto la ideología imperialista permitía a su vez obtener beneficios económicos que reforzaban las políticas de dominación.

III. El lugar de Italia dentro de Europa

Dentro del continente europeo existían notables diferencias entre países. La situación de Gran Bretaña era muy distinta a la de Italia, que es el país sobre el cual enfocaremos nuestro trabajo. Uno de los motivos a los que se debe esta diferencia está íntimamente relacionado a lo que mencionamos recientemente: Italia poseyó muy pocos territorios coloniales en su historia. Antes de conquistar Libia, solo había logrado establecer una colonia en Eritrea y un protectorado en Somalia. Con lo cual, lejos estaba de tener un suministro elevado y estable de recursos como la energía. Recordemos también que Gran Bretaña no solo obtenía recursos de países colonizados, sino que también aprovechaba la división mundial del trabajo para conseguir materias primas a cambio de productos manufacturados.

En este sentido, Italia se encontraba dentro de la región como un país más atrasado que las grandes potencias, asimilándose a países como España, Dinamarca, Finlandia y Noruega (O'Rourke & Williamson, 2017, p. 116). Enfrentaba, a su vez, los desafíos de una unificación tardía ya que era necesario lograr que las elites (y los trabajadores) se coordinaran bajo un sentimiento nacional que lograra reunir esfuerzos para poner a Italia dentro de un esquema de competencia internacional. Fue necesario para ello construir infraestructuras de transporte que permitieran facilitar el comercio, la industrialización y la movilidad laboral. Esto, a diferencia del modelo inglés, que consistía en una política económica de orientación liberal, tal como señala Gourvish (1999): “En Gran Bretaña los ferrocarriles fueron planificados, promovidos, construidos y explotados por empresas privadas hasta la nacionalización de 1947” (pp. 1-2). Esto no significaba que la regulación estatal fuera inexistente, pero contrastó con el modelo italiano que dependía más directamente de la intervención estatal para la modernización. Esto se vio reflejado no solo en la construcción de redes ferroviarias, sino también mediante el soporte estatal en 1884 a la Società Italiana delle Acciaierie, Fonderie e Alti Forni di terni y la promulgación en 1887 de la tarifa proteccionista (Segreto, 1993, p. 66). De esta manera, el desarrollo económico italiano requirió de estrategias económicas intervencionistas, lo cual delimitaba el campo de acción ideológico de las posturas liberales. De esta manera, hubo tensiones en cómo desarrollar este tipo de política económica, entendiendo que existía una clara necesidad de actuación estatal con el objetivo de efectivizar el desarrollo industrial.

Uno de los mayores exponentes del liberalismo fue Camillo Benso, conde de Cavour, quien sería considerado padre de la nación por haber llevado a cabo el proceso de unificación italiana. Sus campañas militares se vieron acompañadas de la inauguración de una tradición política que buscaba establecer alianzas entre sectores del centro, con el fin de disminuir el poder de las posiciones extremas tanto por derecha como por izquierda. A este procedimiento se lo conocerá como “trasformismo”; el método consistía en ofrecer lugares dentro del gobierno a potenciales opositores (Carter, 1996, p. 546). Cavour fue, ante todo, un hombre pragmático. Comprendía las circunstancias políticas que lo rodeaban y entendía que el dogmatismo era poco aplicable a situaciones concretas. De esta manera, tampoco su liberalismo era ortodoxo; él era, ante todo, pragmático. Pero esto no solo se debía a la audacia de su persona, sino que se encuadraría dentro de la problemática sobre la identidad liberal, ya que no encontraba una definición clara. De esta manera, figuras tan diversas como Sonnino, Zanardelli, Salandra, Giolitti se consideraban a sí mismas como “liberales”. Sobre esta última profundizaré en el párrafo siguiente.

Luego de la renuncia del liberal Giuseppe Zanardelli, asume en 1903 quien hasta entonces había ocupado el cargo de ministro del Interior del gabinete: Giovanni Giolitti, un italiano liberal que fue primer ministro cinco veces durante el período 1892-1921. Su actuación resulta de suma relevancia para comprender en qué escenario político se llevó a cabo la guerra ítalo-turca. Giolitti fue una figura política dominante durante la primera década del siglo XX. Se trató de un hombre de Estado que generó opiniones encontradas y sumamente polarizadas. Tal como indica el autor Coppa (1970), raramente alguien reaccionaba a Giolitti de manera objetiva; algunos lo idolatraban, otros lo despreciaban, pero prácticamente a nadie podía resultarle indiferente (p. 191)

Su política, sin embargo, buscaba evitar fuertes polarizaciones al tratar de encontrar soluciones a través de pactos. Este tipo de prácticas estaba vinculada a la tradición política mencionada anteriormente, conocida como trasformismo. Profundizando sobre esta corriente, es importante destacar su rol en la conformación de una comunidad política. La unificación italiana no era sinónimo de una clase política unificada y orientada a intereses nacionales, con lo cual la necesidad de establecer consensos era imperiosa. Es relevante, en este sentido, la postura de Antonio Gramsci, quien en el cuaderno 8 (apartado 36) analiza al

trasformismo como una de las formas históricas de lo que ya se ha denominado “revolución-restauración” o “revolución pasiva”; a propósito del proceso de formación del Estado moderno en Italia (Gramsci, 1977, p. 962). Si bien existen varias interpretaciones sobre la definición de la “revolución pasiva”, se destaca entre ellas la que la define como una forma de absorber reivindicaciones provenientes de los sectores subalternos con el objetivo de impedir un posible levantamiento de carácter violento. Sin embargo, la orientación de estos pactos estaba demasiado enfocada en análisis de tipo económico, promoviendo una suerte de capitalismo de “buenos modales” que no correspondía a la realidad político-social a la que se enfrentaba y que olvidaba una necesidad fundamental para entrar dentro del escenario de competencia internacional. Esta necesidad era la guerra.

Es importante señalar que Giolitti en sus inicios había realizado importantes declaraciones que podrían asociarse a sectores de la izquierda italiana. Esto se observaba tanto su discurso como en sus votos en la Cámara a favor de una legislación que apuntaba a mejorar las vidas y las condiciones laborales de la clase trabajadora al reducir horas de trabajo, prevenir el trabajo infantil, garantizando seguros de retiro y enfermedad, y reduciendo la carga fiscal de los empleados (Agócs, 1971, p. 638). Sin embargo, ya siendo primer ministro, se encontraba en una situación compleja dado que la realidad social en la que se encontraba estaba marcada por una multiplicidad de intereses en conflicto. Efectivamente, logró llevar a cabo una serie de reformas de este calibre en abril de 1911, como el sufragio masculino universal, el otorgamiento del permiso para que los menos privilegiados pudieran realizar actividades parlamentarias y la búsqueda por reunir recursos financieros para el fondo de pensiones por vejez e invalidez (Ungari, 2018, p. 157).

Su política pactista, sin embargo, no impidió que surgieran movimientos de oposición. Especialmente teniendo en cuenta que este tipo de dinámica implicaba compromisos, los cuales derivaban en intereses insatisfechos en mayor o menor medida. De esta manera, nos encontramos frente al problema fundamental de esta ecuación: el elevado riesgo de no contentar a ningún sector por haber buscado complacer a todos. Por un lado, los sectores de izquierda no eran ingenuos y comprendían que los actos que se llevaban a cabo buscaban evitar el ascenso de las clases obreras al poder. Incluso autores como Amadeo Bordiga (2020) consideraban que tanto liberales como demócratas, Giolitti y Nitti,

eran protagonistas de una fase de la lucha contrarrevolucionaria, dialécticamente conectada con la fase fascista y decisiva para la derrota del proletariado (p. 212). Si bien este análisis es *a posteriori*, ilustra los potenciales límites del proyecto político de Giolitti, que se asociaba dentro de las corrientes marxistas con el gobierno de una burguesía industrial ajeno a los intereses de la clase obrera. Aunque es importante señalar que dentro de los socialistas existían miembros que tenían mayor afinidad a la política moderada de Giolitti, como Filippo Turati. Por supuesto que esto también dependía de las posiciones internas del PSI (Partido Socialista Italiano) dado que durante el período de 1904-1906 tuvo una orientación reformista, lo cual contrastó con la postura adoptada en 1912, cuando los revolucionarios tomaron control del partido (Larcinese, 2011, p. 6).

Por otra parte, dentro de la búsqueda de armonía social, para Giolitti era fundamental tener buenas relaciones con la Iglesia católica. Sin embargo, lo que comenzó como una política de carácter diplomático terminó en un cierto grado de sometimiento a las decisiones de los sectores católicos. Pues cada vez perdía más peso el ala izquierda de su coalición al favorecer posturas que lograban unificar a la sociedad en un marco nacionalista, lo cual se profundizaría luego de la guerra ítalo-turca. Pues tal como indica Gramsci (2021), el bloque industrial representado por Giolitti perdió su eficacia: Giolitti cambió su rifle al otro hombro; sustituyó la alianza entre la burguesía y los trabajadores por la alianza entre la burguesía y los católicos que representaban las masas campesinas del norte y centro de Italia (p. 32). En un claro contraste al liberalismo de Cavour, que establecía una total separación entre el Estado y la Iglesia, entendiendo así que sería el primero quien fuera poseedor de la soberanía, Giolitti postuló que sus principios debían ajustarse a una coyuntura que se caracterizaba por la mayor participación de las masas en las decisiones políticas. Por este motivo, en un país culturalmente marcado por la religión católica, resultaba ventajoso realizar acuerdos con sectores eclesiásticos. De esta manera, cobraba fuerza un nacionalismo con fuertes elementos católicos. Todo ello bajo el papado de Pio X, cuyo nuevo pontificado marca la reducción y, en algunos casos, la interrupción del amplio movimiento de despertar cultural y acercamiento a la civilización moderna que se había manifestado en el mundo católico durante los años anteriores (Motolo, 2009, p. 79). La balanza iba así inclinándose a posiciones más reaccionarias bajo un tinte

nacionalista; como parte de este escenario ideológico, se desarrollaría la guerra ítalo-turca en 1911.

IV. El nacionalismo italiano

Es difícil fechar en qué momento surge la conciencia nacional dentro de Europa. Podríamos ver rastros de ideas protonacionales incluso en la Edad Media. Sin embargo, la corriente nacionalista que se desarrolló durante el siglo XIX tuvo características particulares que permiten delimitar cronológicamente los procesos históricos. Si bien sería incorrecto conectar directamente los nacionalistas de este siglo con las guerras del siglo XX, los pensadores italianos permiten reflexionar sobre las concepciones que existían sobre lo que era “ser italiano”.

En términos generales, el nacionalismo del siglo XIX está fuertemente arraigado en el movimiento romántico. Generalmente existe algún mito que permite conectar con un pasado glorioso que se perdió por algún motivo, usualmente por culpa de algún elemento extranjerizante. Sin embargo, dentro del pensamiento italiano existieron transformaciones del pensamiento nacionalista entre el siglo XIX y XX. Si en el primero teníamos posiciones de corte liberal, entre las que podemos encontrar figuras como Mazzini o Cavour que, aunque con diferencias, se enmarcaban en esta ideología, en el segundo encontraríamos posturas vinculadas a estados autoritarios con una política exterior más agresiva. Esto último estaría representado por pensadores como Enrico Corradini, quien fundó, junto con Giovanni Papini, la Asociación Nacionalista Italiana en 1910. Si bien esta organización fue sufriendo cambios en cuanto a quiénes tenían mayor influencia dentro de ella, es claro que la orientación giraba en torno a una ideología de corte autoritario. Sin embargo, tenía una gran fortaleza: rechazaba el individualismo y, de esa manera, lograba crear mecanismos asociativos que serían uno de los primeros vehículos ideológicos hacia el corporativismo, el cual comenzaría a sembrar sus semillas antes del surgimiento del régimen fascista. Así, Corradini (1914) expresaba que el nacionalismo formaba parte de esta búsqueda de vida colectiva al afirmar lo siguiente:

Non è difficile far capire che il nazionalismo è una forma di vita collettiva. È, ripeto, la più grande forma di vita collettiva possibile nella pratica realtà, riconosciuto che l'internazionalismo e l'umanitarismo non sono se non due astrazioni sentimentali, quando non siano armi che si adottano per combattere in prò di forme di vita collettiva inferiori a quella della nazione. [No es difícil hacer comprender que el nacionalismo es una forma de vida colectiva. Es, repito, la más grande forma de vida colectiva posible en la realidad práctica, reconociendo que el internacionalismo y el humanitarismo no son sino dos abstracciones sentimentales, cuando no armas que se adoptan para combatir en favor de formas de vida colectiva inferiores a la de la nación.]. (p. 5)

La lucha contra el internacionalismo marcaba una clara diferenciación con los sectores de la izquierda italiana. A su vez, ponía énfasis en el eje nacionalista, sumamente necesario para llevar a cabo políticas de tipo expansionistas. Todo ello se sumaba a la posición de debilidad que tenía Italia en comparación a los imperios coloniales de Gran Bretaña o incluso Francia. De alguna manera necesitaban entrar en la competencia internacional y la previa derrota italiana frente a Etiopía en la Batalla de Adwa durante el año 1896 contribuía a una imperiosa necesidad de reafirmarse como nación europea. Corradini (1911) en su romance dedicado a la guerra contra Etiopía lo señalaba claramente cuando afirmaba lo siguiente:

La parola “guerra” nel mio romanzo è presa nel suo significato proprio, reale e storico, di guerra italo-abissina del 1896; ed è presa nel significato simbolico di tutte le forze che la patria deve mettere in opera, e di tutti gli sforzi che deve fare per conquistare per mezzo della lotta internazionale il suo posto nel mondo. [La palabra “guerra” en mi romance toma su significado propio, real e histórico, de la guerra ítalo-abisinia de 1896; y su significado simbólico como todos los esfuerzos que se deben hacer para conquistar, mediante la lucha internacional, su lugar en el mundo.]. (p.VI)

Tal como señalamos previamente, dentro de los discursos nacionalistas suelen haber profundos elementos románticos. La construcción de un pasado glorioso que se perdió por algún motivo (generalmente por el abandono de una tradición ya sea social o política) es

sumamente frecuente y el caso italiano no era la excepción. Célebre es la frase de Karl Marx (2003) “Hegel dice en alguna parte que todos los grandes hechos y personajes de la historia universal aparecen, como si dijéramos, dos veces. Pero se olvidó de agregar: una vez como tragedia y la otra como farsa” (p. 10). Así como Napoleón III formaba parte del linaje de Napoleón I, estableciendo así una línea de continuidad imaginaria, pues poco tenía que ver su coyuntura histórica y sus cualidades políticas con las de su tío, la conquista de los territorios del norte de África transformaba a Italia como la hija natural de ese perdido Imperio romano. Resulta quizás obvio aclarar que esta representación del Imperio romano por parte de los pensadores nacionalistas de fines del siglo XIX y comienzos del XX no era más que una mera idealización pues creaba la ilusión de que las conquistas territoriales eran prácticas que beneficiaban a todos los que se encontraran dentro de esa comunidad imaginada. En esta construcción mitológica, los romanos eran todos emperadores y a ningún pensador de este orden se le ocurriría mencionar que la mayoría de la población eran sectores altamente explotados tanto por la obligación de participar en la guerra como por la extracción de excedente y con nula participación política. Sin embargo, el relato funcionaba y las críticas racionales no serían suficientes ante la heroica prosa que promulgaban y mucho menos ante los registros arqueológicos, que no hacían más que profundizar los rastros que habían dejado los emperadores romanos en territorios africanos. “E' degno di grande attenzione l'arco trionfale in onore degli Imperatori Romani Marco Aurelio e Lucio Vero eretto nel 164 dell'era cristiana” [Es digno de gran atención el Arco triunfal en honor a los Emperadores Romanos Marco Aurelio y Lucio Vero, erigido en el año 164 de la era cristiana]” (De Martino, 1911, p. 6)

Sin embargo, raramente el romanticismo opera en soledad, las motivaciones económicas y los intereses políticos pragmáticos se interrelacionan para lograr efectivizar este tipo de empresas. De esta manera, lo que considero que resulta fundamental es comprender que este tipo de ideologías no operan en el vacío. La promesa de un aumento de riqueza material suele acompañar el relato de la grandeza nacional. Por este motivo, suele establecerse que las crisis económicas son el motivo de este tipo de radicalización ideológica. En este sentido, no es difícil encontrar ejemplos que formulen que la solución a este tipo de problemas se encuentra en la conquista de territorios. Algo que quizás tenga una base empírica, pues en el desarrollo del capitalismo han sido cruciales las relaciones de

explotación entre países. Pese a ello, considero que este razonamiento tiende a simplificarse y resulta en formulaciones que parecerían señalar que una crisis económica lleva directamente a una radicalización ideológica de corte autoritario y nacionalista. Lo que resulta interesante aquí no es que esto efectivamente pueda ocurrir, dado que numerosos son los ejemplos en donde se encuentran correlacionadas ambas variables, sino comprender por qué sucede esto, es acaso algo ¿natural? Irónicamente, el hecho de que realicemos esta pregunta señala el grado de efectividad que tiene la penetración ideológica cuando se normaliza hasta el grado de que no se llega a distinguir si una conducta social forma parte del ADN del ser humano. No por nada el término elegido para definir —cuando una práctica social se vuelve tan común que no se ven problemas en ello, generalmente que no se impugna— es que dicho comportamiento se naturaliza. Por mi parte, sostengo que este tipo de enfoques simplificados son defectuosos. Y que, a su vez, minimizan la gran cantidad de elementos de propaganda e, incluso, de manipulación masiva que existen dentro de estas ideas. Por lo tanto, la defensa de lo “nacional” en contextos de crisis económicas, lejos de ser un mecanismo natural, opera dentro de un marco propagandístico ya sea desde el Estado o de grupos militantes, cuyo talento es camuflarse entre los intereses de la sociedad civil.

Ahora bien ¿realmente existía una situación económica desfavorable para Italia durante comienzos del siglo XX? Para responder a esta pregunta habría que tener en cuenta diversos factores. En principio, tal como indicamos previamente, el país no había logrado ni la expansión ni la industrialización de Gran Bretaña. Sin embargo, quisiera contextualizar el contraste aquí señalado, ya que, tal como indica Malanima (2016) según su análisis sobre la energía consumida entre Inglaterra e Italia, la península itálica se encontraba en una situación cercana al resto de Europa occidental: Italia era la norma e Inglaterra era la excepción (p. 87). No obstante, bajo la perspectiva de las ideologías nacionalistas e imperialistas, formar parte de la norma equivalía a estar en condiciones de inferioridad. Se quería evitar a toda costa ser mediocre en el marco de la competencia internacional, por ello, la búsqueda era ser esa excepción.

V. *¿Era necesario ir a la guerra? Tensiones externas e internas*

El año 1911 traería consigo el quincuagésimo aniversario del Reino de Italia, cuyas celebraciones conmemorando el evento eran prueba del resurgimiento del espíritu público italiano (Cunsolo, 1965, p. 187). Como ha ocurrido múltiples veces en la historia, los festejos colectivos son un factor clave para fomentar la identidad nacional. La participación en ellos forma parte de una experiencia en donde suele perderse, al menos por un momento, la individualidad de sus miembros. Así, considero que se trata de un fenómeno de carácter social, que se expresa de manera similar a los rituales religiosos y que se encuadra dentro del progresivo aumento de la participación política de masas.

Tal como indicamos en el apartado previo, el nacionalismo como ideología continuaba profundizándose, dejando de lado ideologías internacionalistas. Aquí se combinaban intereses económicos con estrategias de carácter demagógico. Pues en un escenario de estas características, resultaba plausible que hubiera una gran expectativa por la guerra ítalo-turca.

En algún punto, la posición de Giolitti era incómoda. Se trataba de un político pragmático que no ejercía demasiada resistencia ante acuerdos con sectores de ideologías diversas. En definitiva, su estrategia política no era del todo desacertada, pues establecer consensos era necesario para mantener el poder en el gobierno. Sin embargo, sus decisiones políticas acabarían desdibujándose una vez más y la guerra fue una muestra más de esta realidad. No dejaba de influir que su moderación contrastaba con el estado de efervescencia social característico del período. De hecho, fiel a su forma de gobernar, durante su discurso en Turín en octubre de 1911 apenas se refirió a la guerra. Quizás porque consideraba que era más sabio ignorar los sentimientos de su pueblo en vez de alentarlos (Salomone, 1960, p. 102).

Por otra parte, satisfacer a los deseos colectivos implicaba aumentar la tensión de las relaciones internacionales en un período caracterizado por innumerables tratados diplomáticos. Dentro de este escenario, Italia formaba parte de la Triple Alianza, dentro de la cual también se encontraba el Imperio austrohúngaro, con quien había firmado la

renovación del tratado durante 1887². De suma relevancia, dado que aquí se agregaba una estipulación fundamental respecto la región de los Balcanes. De esta manera, se indicaba en el “Artículo VII” lo siguiente:

Austria-Hungría e Italia, teniendo en cuenta como único fin el mantenimiento, en la medida de lo posible, del statu quo territorial en el Oriente, se comprometen a utilizar su influencia para evitar cualquier modificación territorial que pueda perjudicar a una u otra de las Potencias signatarias del presente Tratado.

Para ello, se comunicarán mutuamente toda la información de esta naturaleza para aclarar mutuamente sus respectivas posiciones, así como las de otras Potencias. Sin embargo, si, debido a los acontecimientos, el mantenimiento del statu quo en las regiones de los Balcanes o en las costas e islas otomanas del Adriático y el mar Egeo se vuelve imposible, y si, como consecuencia de la acción de una tercera Potencia o de otro modo, Austria-Hungría o Italia se encuentran bajo la necesidad de modificarlo mediante una ocupación temporal o permanente, dicha ocupación se deberá llevar a cabo solo tras un acuerdo previo entre ambas Potencias, basado en el principio de compensación recíproca por cualquier ventaja, territorial u otra, que cada una de ellas pueda obtener además del statu quo actual, y que satisfaga los intereses y así como los bien fundados reclamos de ambas Partes. (Tratado de la Triple Alianza, 1912, Artículo 7)

Esto representaba un problema respecto a las estrategias militares adoptadas por parte de Italia durante la guerra ítalo-turca. Concretamente, se vio reflejado en la batalla de Preveza en 1911, en la cual se utilizaba una táctica de tipo naval que facilitaba el acceso al territorio de Libia, pero que no dejaba de inquietar a la diplomacia austrohúngara. Pues una de las preocupaciones que tenía el emperador Franz Josef era que una vez que Tripolitania fuera conquistada, Albania se convertiría en el próximo objetivo (Wrigley, 1980, p. 318), lo

² Es importante aclarar que la versión citada corresponde a la versión expandida de 1912, dado que es la única disponible en la web. No obstante, tras realizar una investigación mediante artículos académicos, se estima que no hubo modificaciones sobre el contenido del artículo durante 1912 respecto a la versión de 1887. Tal como señala Videnović (2023), se indica que el artículo fue incorporado en el año 1887 como “Artículo I” y en 1891 como artículo “VII” (p. 110).

cual también limitó cualquier tipo de ayuda por parte de Alemania, pues no quería enfrentar una situación de hostilidad con el Imperio.

Para lograr limitar las ambiciones italianas sobre la región mediterránea, los austrohúngaros apelarían al artículo VII citado previamente. De hecho, no solo buscaban restringir la intervención sobre el mar Jónico sobre el cual se desató la batalla de Preveza, sino que también les preocupaban las actividades militares por parte de Italia en el Egeo. Pese a ello, esta posición se revertiría dado que Italia se benefició de dos situaciones: la primera fue que, gracias a la intervención de Alemania, se logró superar el límite que se había impuesto el Imperio austrohúngaro respecto a la intervención en el Egeo (Ungari, 2018, p. 165). La segunda fue la muerte del diplomático Aehrenthal en 1912, cuyo cargo fue ocupado por Leopold von Berchtold. Bajo su mando, Austria-Hungría relajó su posición y aceptó una ocupación temporaria de las islas del Egeo (Videnović, 2023, p. 113).

No es el objetivo de este trabajo realizar una extensa descripción de las tensiones diplomáticas que emergieron con este conflicto, sino ilustrar que se trataba de una intervención que contradecía el tipo de liderazgo moderado que profesaba Giolitti. Incluso Salomone (1960) señalaba que, para él, la guerra era una distracción del destino (p. 103). Desde mi perspectiva, si bien estoy parcialmente de acuerdo con esta afirmación, considero que habría que comprender que su pragmatismo también incluía contradecir sus supuestos ideales. Al fin y al cabo, no dejaba de ser un estadista que se destacaba por buscar mantener el poder político, más que por atenerse a principios rígidos.

Por otra parte, la complejidad de actores que se encontraban en disputa, sumado a la dificultad inicial de haber apoyado su legitimidad en sectores de ideologías diversas e incluso contradictorias, contribuyó a que fuera relativamente sencillo que acabara cediendo ante las presiones externas. De hecho, aunque Giolitti se destacara por colocar a la economía por sobre la política y fuera consciente del gasto que implicaría la guerra, acabó acompañando a los sectores nacionalistas que, además, aseguraban que la anexión de Tripolitania traería beneficios económicos. Estos últimos argumentaban lo siguiente: “El desarrollo de esta colonia estaría directamente relacionado con el problema de la inmigración, con el problema del sur, y con la expansión industrial y comercial del norte de Italia” (*L'Idea Nazionale*, 1911). Es relevante aquí destacar que el desarrollo industrial en

la región no ocurrió de manera homogénea. Se desencadenó así una relativa brecha económica y social entre la región sur y norte de Italia. La primera no lograba tener el mismo estándar de vida, dado que el desarrollo industrial impulsado por Giolitti se dio a expensas del sur agrícola y exportador (Sznajder, 2007, p. 18).

Por supuesto que en este esquema argumentativo se ignoraba que la Libia era uno de los países más pobres del mundo y que el gasto en el que acabarían incurriendo sería sumamente elevado para Italia. La premisa que aseguraba que la región sería una vía hacia la emigración italiana no era más que una fantasía. Tal como indica Smith (1997), solo 1 % de emigrantes italianos iría a colonias italianas en África contra 40 % a América, y era poco probable que los campesinos fueran voluntariamente a Libia, donde el suelo y el clima eran peor que en Sicilia y Basilicata (p. 242). Resulta relevante la aclaración de este tipo de datos porque no solo es importante en tanto se observa que la empresa colonial no resultaría rentable para Italia. Incluso si se considerara que una inversión en la región produciría beneficios económicos a largo plazo, es muy probable que hubiese alternativas considerablemente mejores. Esto lo señalo porque el capitalismo sería un sistema que, en principio, se rige bajo la lógica de la racionalidad económica. Sin embargo, pondero que existen demasiados ejemplos que demuestran lo contrario. Si bien estas decisiones se encuentran en la esfera de lo político, puedo afirmar que se trata de una separación artificial e incluso directamente errónea. Tal como señala Polanyi (2007) “(...) la economía de mercado, lo olvidamos con demasiada facilidad, es una estructura institucional que no ha existido en otras épocas, sino únicamente en la nuestra e incluso en este último caso no es generalizable a todo el planeta” (p. 76). Con ello quiero señalar que esta guerra, a sabiendas de que lo más probable es que generara pérdidas, no dejó de realizarse porque el sistema necesita reproducir no solo su poder material, sino también su capacidad de ejercerlo. Para ello no solo demanda medios económicos, sino que también requiere de mantener la legitimidad de sus instituciones. Este último objetivo solicita una gran propaganda ideológica, con lo cual el ejercicio de la conquista resultaba sumamente efectivo para este fin. Un ejemplo de ello es la relevancia de mostrar la capacidad de dominación que podía lograr el ejército italiano. El campo de batalla era Libia, pero no dejaba de resultar ejemplificante la violencia ejercida por dicha corporación, pues la legitimidad le otorgaba

también poder a nivel local. La confrontación con un ejército derrotado no era comparable a la de uno victorioso.

VI. Dinero, crédito y bancos: el financiamiento de las innovaciones tecnológicas para la guerra

El nacionalismo encuentra múltiples vías para ejercer su propaganda. Para Occidente a comienzos del siglo XX una de ellas era la creación de una industria nacional. Cada producto fabricado era, a su vez, un arma para la competencia internacional. La reafirmación de la nación italiana ocurría también en el plano productivo, el cual se encontraba intrínsecamente relacionado con el desarrollo de nuevas tecnologías para la guerra.

Hemos mencionado previamente el rol del Estado para la promoción del desarrollo económico italiano. En este sentido, hubo políticas orientadas a fomentar la industrialización que caracterizaron los comienzos del siglo XX en Italia. Una de las más importantes fue la creación de una red nacional de trenes en 1905 bajo el nombre de Ferrovie dello Stato, fundamental para lograr conectar diversas regiones del país. A su vez, representaba el símbolo del progreso y el efectivo crecimiento italiano. Todo ello se combinó con la expansión de la siderurgia, siendo ejemplo de ello tanto la fundación de ILVA, una empresa dedicada a la industria pesada, así como también una importante creación de centrales hidroeléctricas. Sin embargo, antes de profundizar en el grado de innovación industrial que será fundamental para comprender el vínculo entre tecnología y guerra, quisiera incorporar un actor central en este proceso: la banca.

En este sentido, es necesario destacar el rol que tuvo Alemania en el establecimiento de un modelo que acabó adoptando Austria e Italia, el cual se basaba en establecer un vínculo estrecho entre empresas industriales y los bancos. Un banco alemán acompañaba una empresa industrial desde que nacía hasta que moría, atravesando todas las vicisitudes de su existencia. Esto se realizaba a través de la herramienta de créditos y mediante el desarrollo de organismos poderosos dentro de las organizaciones corporativas. Los bancos adquirieron un gran dominio sobre las empresas industriales, que se extendió más allá de la

esfera del control financiero, y consecuentemente llegaron a obtener poder sobre las decisiones empresariales y gerenciales (Gerschenkron, 1962, p. 14). Por lo tanto, se trataba de una elaborada infraestructura institucional que lograra abrir paso a los desarrollos industriales que existieron durante comienzos del siglo XX en Italia. A su vez, era una herramienta de penetración territorial; de hecho, el Banco di Roma buscó mediante vías “pacíficas” ejercer su influencia en la región desde 1907.

En este escenario, las entidades bancarias lograban aprovechar los beneficios que les traían las políticas de industrialización. Un ejemplo es el caso de la Banca Commerciale de Milán, la cual buscaba zonas que gozaran de privilegios económicos, como las plantas de acero en Savona, que hicieron las vías y las tuberías bajo una importante protección tarifaria. Esto, a la vez que evitaba industrias menos redituables, como la textil (Webster, 1974, p. 327). Si bien hemos señalado que la invasión colonial en Libia no prometía demasiadas ganancias, es importante aclarar que la industria militar sí aportaba importantes beneficios. Como veremos a continuación, esta última tendría un rol fundamental en la guerra ítalo-turca dado que fue donde se observó la utilización de la más moderna tecnología para la época. Tuvo el primer despliegue táctico de aeronaves militares, el primer bombardeo aéreo y el primer uso generalizado de comunicaciones inalámbricas (Pastori, 2013).

Figura 1

Estación radio-telegráfica montada sobre un camello durante la guerra ítalo-turca



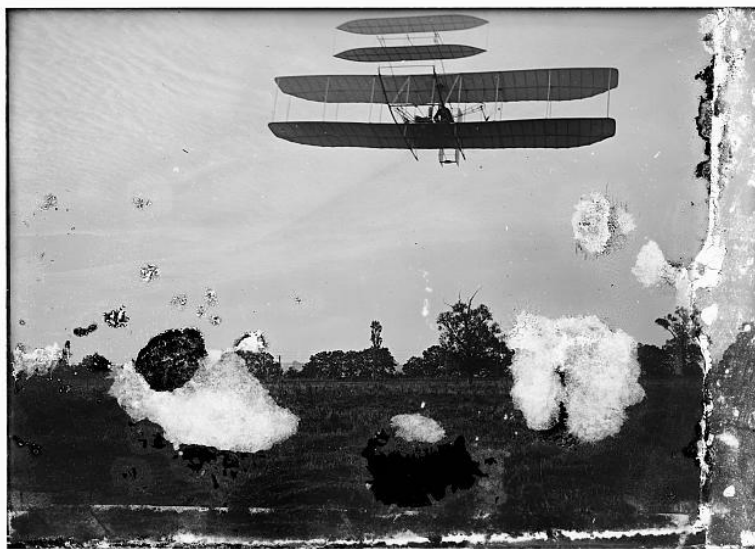
Nota. Fuente: Archivo fotografico Luigi Sacco (1913).

La superioridad tecnológica generaba una desigualdad notable en el combate, sumado a que las nuevas tácticas de guerra tendrían efectos psicológicos y sociales desconocidos hasta entonces. En cierto modo, no dejaba de tener un componente experimental, especialmente cuando nos referimos al caso de los bombardeos realizados por aviones. Si bien hubo antecedentes de la utilización de bombas en la historia, pues hay registros de cohetes explosivos en la defensa de Kaifeng por parte de China ya en el año 1232 (Lindqvist, 2001, p. 1), el potencial destructivo que tendría el avión junto con la bomba implantaría una semilla de lo que serían las futuras guerras del siglo XX.

Sin embargo, construir un avión requería un mayor grado de inversión e innovación. Hemos mencionado el activo rol del Estado y la banca en la promoción industrial del período. Se trataba, a su vez, de un medio de transporte totalmente novedoso, pues si bien son conocidos los bosquejos de Leonardo da Vinci, es importante señalar que recién en el siglo XX podemos ver el primer intento exitoso en mantener el vuelo. Según los registros, esto recién ocurrió en 1905 gracias a los hermanos Wright. Aquí se puede observar una imagen capturada durante dicho año:

Figura 2

Fotografía del primer vuelo exitoso registrado



Nota. Fuente: Wright Brothers, 1905.

De todos modos, no sería este modelo el que se utilizaría para atacar a la población libia, sino el monoplano Blériot XI. Creado en 1908, fue el primero en cruzar el Canal de la Mancha.

Figura 3

Fotografía del Bleriot atravesando el Canal de la Mancha



Nota. Fuente: Bain News Services, 1909.

Transcurrirían tan solo tres años para que fuera el protagonista de un ataque que transformaría la forma de hacer guerra. En este sentido, el avión no constituía tan solo un medio de transporte, sino que era un agente fundamental en la misión civilizatoria que tenía Italia. Pues este tipo de acciones no se realizaban bajo ninguna ideología; como en toda guerra era necesario un profundo trabajo ideológico para lograr que los pilotos fueran a matar. Claro que la nación italiana no tuvo que hacer demasiado esfuerzo en ello dado que el resto de los países europeos ya había construido su retórica imperialista. En este sentido, el *aggiornamento* italiano no fue solo en el plano productivo, sino también en el ideológico,

si es que realmente se pueden diferenciar uno del otro. Podemos ver que el argumento de un Otro-bárbaro se desarrolló a lo largo de la historia y que 1911 no fue una novedad en este sentido. La reproducción de la idea de que colonizar equivalía a civilizar no era nueva. Un ejemplo de ello es la opinión de los medios de comunicación respecto al proceso de conquista de la India por parte de Inglaterra. Un periódico neozelandés, colonia británica, por cierto, no solo aseguraba que los ingleses eran héroes y los amotinados (la resistencia india) eran bárbaros, sino que también, por algún motivo, aquellos merecían conquistarlos y que ello serviría a la causa de la civilización y de la humanidad (Nelson Examiner, 1858). Nótese que la misión civilizatoria coloca como colectivo el interés de un grupo específico. De manera totalizante y engañosa, la humanidad se presenta como homogénea y su representación se encuentra monopolizada por lo que los criterios europeos dictaminan. Dichos criterios incluían la difusión de la cristiandad, religión que consideraban superior en oposición a, por ejemplo, el islam. A esta última, a su vez, la consideraban tiránica, una caracterización muy frecuente sobre Oriente por parte de Occidente.

De manera similar a lo que ocurría con el monopolio de la definición de la humanidad, la libertad era otro concepto que se manipulaba de manera constante. Esta última definición sucedía en un esquema sumamente contradictorio dado que, en definitiva, se estaba obligando a los habitantes de las colonias a ser libres bajo la tiranía del sentido occidental. En este sentido, Del Vecchi (1912), en un texto sumamente tendencioso, ilustra este pensamiento, en su libro conocido como *La Misión Civilizadora en África*, al asegurar que, con la ola de la civilización, también trajeron consigo la guerra contra la esclavitud (p. 8). Esta afirmación no se realizaba de manera crítica, sino que constituía una parte fundamental de las bonanzas que Occidente traía bajo el brazo. Por supuesto que esta operación anulaba cualquier identidad local, se la tomaba como si estuviera vacía de cualquier experiencia histórica.

VII. “La grande hora futurista”

Hemos analizado las diversas perspectivas nacionalistas sobre la guerra ítalo-turca enfocándonos hasta ahora en la ideología occidental imperialista. Sin embargo, las primeras

décadas de 1900 tendrían grandes cambios a la hora de cómo se profundizaría la defensa de la nación italiana.

Por un lado, se encontraba el liberalismo, que justificaba la guerra como una suerte de mal necesario para llevar al mundo la civilización occidental. Por otra parte, emergería otra ideología que, por el contrario, defendería la guerra como un acto positivo en sí mismo. Lo haría utilizando argumentos que enfatizaran su capacidad regeneradora, asociándola a una revitalización del ser humano. Estas ideas se pueden observar en pensadores que serían asociados al fascismo, pues, aunque estuvieran separados en el tiempo, forman parte de una corriente de pensamiento que tiene estrechos vínculos con las ideas motorizadas por Mussolini. Entre ellos, se encuentra la obra de Filippo Tommaso Marinetti, escritor del *Manifiesto Futurista*, quien en el punto 9 afirma lo siguiente: “Queremos glorificar la guerra —única higiene del mundo—, el militarismo, el patriotismo, el gesto destructor de los anarquistas, las ideas por las cuales se muere y el desprecio por la mujer” (Marinetti, 1909, p. 1). Se buscaba construir una nueva conciencia nacional bajo los criterios de los hombres fuertes, eliminando cualquier rastro de debilidad. El triunfo en la guerra e incluso el mero hecho de participar en ella era fundamental para poner en práctica el impulso vital que permitía perder cualquier tipo de temor a la muerte y anular cualquier rastro de humanidad sobre el enemigo. El mismo autor declaraba en referencia a la guerra ítalo-turca:

Los futuristas, que desde hace varios años alabamos entre los siseos de Gotosos y Parálíticos el amor al peligro y la violencia, el patriotismo y la guerra, única higiene para el mundo, nos alegramos de vivir por fin esta gran hora futurista, mientras agoniza la inmundia ralea de los pacifistas, emboscada ahora en los profundos sótanos de su ridículo palacio de La Haya. (Marinetti, 1911, como se citó en García *et al.*, 1999, pp.141-142)

El ataque a la diplomacia constituía un elemento fundamental considerando que estaría confrontando las políticas de tratados que caracterizó al siglo XIX. En este sentido, la reivindicación de la guerra con este tipo de argumentos marcaba un cambio de paradigma, un cuestionamiento reaccionario a las formas liberales. Esto se expresaba tanto en la política como en el arte, pues Marinetti como futurista italiano formaba parte de un movimiento que vendría a cuestionar todo lo que tuviera rasgos de debilidad y delicadeza.

Esto sería fundamental en la construcción de una nueva estética fascista. Si bien no todos sus miembros adherían al proyecto como Marinetti, sí es cierto que sus producciones reflejaban el cambio profundo que estaba ocurriendo en la sociedad italiana. La guerra en este movimiento formó una parte fundamental de su identidad; de hecho, hubo miembros que fueron al combate durante la Primera Guerra Mundial, como Umberto Boccioni, August Macke, Franz Marc y Sant'Elia.

Se puede considerar a la guerra de Libia en 1911 como un antecedente sumamente relevante a la Gran Guerra; en términos culturales, se observa el elevamiento de la moral de ciertos sectores de la opinión pública italiana. El movimiento futurista fue parte de ello, pero no operó en soledad, sino en el marco de una profundización de la crisis del modelo liberal, no solo en Italia, sino en varios países europeos. La canalización de los problemas económicos y sociales se encauzaba mediante la idealización de liderazgos más duros, basados en la fortaleza y en la eliminación de cualquier rastro de debilidad. Esto implicó la supresión de los derechos humanos de poblaciones que consideraban extranjeras. De hecho, en Libia existieron deportaciones masivas e incluso campos de concentración durante el período fascista. Esto solo fue posible con la participación de una gran movilización de fuerzas armadas. En una progresiva militarización de la política, la guerra de Libia sería un motor moral ante la progresiva exigencia internacional de llevar a cabo empresas militares. Pasarían tan solo tres años para que Italia decidiera participar en la Primera Guerra Mundial, en la cual Libia volvería a ser un escenario de batalla durante la campaña Senussi.

VIII. Consideraciones finales

A partir del análisis realizado considero que la ideología tiene consecuencias materiales en la sociedad. A diferencia de perspectivas que colocan las crisis económicas como causas de la emergencia de ideas nacionalistas e imperialistas, considero que también pueden emerger en contextos de relativo crecimiento económico. Comprendiendo que no existió en la historia un momento que careciera de estructuras de diferenciación social, es necesario entender que los mecanismos para obtener consensos no son siempre los mismos.

Sin embargo, en procesos de transformación que suelen implicar el recambio de una elite en el poder, suele ser efectivo recurrir a sentimientos nacionalistas. Especialmente si

este tipo de procesos incluye una búsqueda por modificar sustancialmente la forma del Estado. En términos gramscianos, la coerción y el consenso permiten establecer una hegemonía. En este caso, las guerras son un evento sumamente coercitivo para la población invadida, pero que también, de manera indirecta, logran disciplinar al resto de la sociedad, en este caso italiana. Principalmente porque simbólicamente muestran que el poder estatal tiene capacidad de aniquilar y que no tiene ningún tipo de problema en utilizar a los propios ciudadanos para hacerlo. Un elemento que, por supuesto, se decora con herramientas ideológicas que permiten justificar este tipo de proyectos en tanto los condecoran como héroes dentro de una misión civilizatoria.

El Estado italiano en 1911 utilizó su poder técnico, económico y social para atacar a la población en Libia. Esto lo logró gracias al financiamiento de los bancos, que establecieron la formación de una nueva Italia, más moderna e industrializada. En este trabajo se pudo observar que la ideología no fue ajena a este proceso, pues el resultado de ello fue la ejecución del primer bombardeo aeronáutico de la historia.

Por otra parte, la guerra ítalo-turca constituyó un precedente fundamental, que logró elevar la moral de Italia al haber obtenido una victoria luego de la derrota en Etiopía durante la batalla de Adwa en 1896. Se habían cumplido los deseos de los nacionalistas expansionistas en detrimento de posiciones de carácter diplomático. El juego político inclinaba la balanza hacia gobiernos más autoritarios y sería un claro antecedente del trabajo ideológico necesario para que tres años después se lograra que Italia participara en la Primera Guerra Mundial.

Finalmente quisiera señalar que resulta fundamental analizar las décadas previas al surgimiento de grandes eventos históricos, como lo fue el fascismo. Este trabajo también busca revalorizar el estudio de los años que parecen insignificantes en los grandes libros de Historia, de esas batallas que por algún motivo pasaron desapercibidas.

Referencias

- Agócs, S. (1971). Giolitti's Reform Program: An Exercise in Equilibrium Politics. *Political Science Quarterly*, 86(4), 637–653. <https://doi.org/10.2307/2147454>
- Aristóteles. (1988). *Política*. Editorial Gredos. <https://www.um.es/noesis/archivo/2023/Arist.Pol.pdf>
- Bain News Service. (1909). *Bleriot in flying machine, in mid-channel* [Fotografía]. Library of Congress. <https://loc.gov/pictures/resource/ggbain.04095/>
- Bordiga, A. (2020). *The Science and Passion of Communism: Selected Writings of Amadeo Bordiga (1912–1965)*. <https://brill.com/edcollbook/title/22024>
- Carter, N. (1996). Nation, nationality, nationalism and internationalism in Italy, from Cavour to Mussolini. *The Historical Journal*, 39(2), 545–551. <https://www.jstor.org/stable/2640196>
- Comte, A. (1967). *Système de politique positive*. Otto Zeller (Osnabrück) <https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k5450b/f40.item.texteImage>
- Coppa, F. J. (1970). Economic and Ethical Liberalism in Conflict: The Extraordinary Liberalism of Giovanni Giolitti. *The Journal of Modern History*, 42(2), 191–215. <http://www.jstor.org/stable/1905941>
- Corradini, E. (1911). *La Guerra lontana: romanzo*. Fratelli Treves. <https://archive.org/details/laguerralontanar00corr/page/n5/mode/2up?view=theater>
- Corradini, E. (1914). *Il nazionalismo italiano*. Fratelli Treves. <https://archive.org/details/ilnazionalismoit00corruoft/page/n5/mode/2up>
- Cunsolo, R. S. (1965). Libya, Italian Nationalism, and the Revolt against Giolitti. *The Journal of Modern History*, 37(2), 186–207. <http://www.jstor.org/stable/1878309>
- De Martino, A. (1911). *Trípoli Italiana, la guerra italo-turca*. Società libraria italiana <https://archive.org/details/tripoliitalianal00mart/page/6/mode/2up?view=theater>
- Del Vecchi, P. (1912). *Italy's civilizing mission in Africa*. Brentano's <https://archive.org/details/italyscivilizing00deverich/page/n3/mode/2up?view=theater>
- García, A., Serraller, F., & Fiz, S. (1999). *Escritos de arte de vanguardia 1900/1945*. Editorial Istmo.

- Gerschenkron, A. (1962). Economic Backwardness in Historical Perspective en Ídem. En A. Gerschenkron, *Economic Backwardness in Historical Perspective* (pp. 5-30). Frederick A. Praeger.
- Gourvish, T. (1999). Los ferrocarriles como medio de transporte en Gran Bretaña, 1830-1990. *Madrid, Fundación de los Ferrocarriles Españoles*, 55-63.
<https://www.docutren.com/HistoriaFerroviaria/Alicante1998/pdf/2.pdf>
- Gramsci, A. (1977). Quaderno 8. En V. Gerratana (Ed), *Quaderni Del Carcere* (Vol. 2, pp. 933-1095). EHK.
- Gramsci, A. (2021). *The Modern Prince & Other Writings*. Foreign Languages Press
<https://foreignlanguages.press/wp-content/uploads/2021/03/C14-Gramsci-The-Modern-Prince-1st-Printing.pdf>
- L'Idea Nazionale. (5 de abril de 1911). Quello che non s'e fatto e non si fa ora. *L'Idea Nazionale*, (p. 2, 3).
<http://digitale.bnc.roma.sbn.it/tecadigitale/giornale/TO00185815/1911/n.6/004>
- Larcinese, V. (2011). Enfranchisement and representation: Italy 1909-1913. *London School of Economics and STICERD*. <https://eprints.lse.ac.uk/58066/>
- Lindqvist, S. (2001). *A History of Bombing*. The New Press.
<https://archive.org/details/historyofbombing0000lind/page/n7/mode/1up>
- Macaulay, T. (1835). *Macaulay's Minute on Education, February 2, 1835*. Indian Institute of Technology Kanpur. <https://home.iitk.ac.in/~hcverma/Article/Macaulay-Minutes.pdf>
- Marinetti, F. (20 de febrero de 1909). Le futurisme. *Le Figaro*.
<https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k2883730.item>
- Marks, R. (2007). *Los orígenes del mundo moderno. Una nueva visión*, Editorial Crítica.
- Malanima, P. (2016). Energy consumption in England and Italy, 1560-1913. Two pathways toward energy transition. *The Economic History Review*, 69(1), 78–103.
<http://www.jstor.org/stable/43910401>
- Marx, K. (2003). *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*. Fundación Federico Engels.
https://aulavirtual4.unl.edu.ar/pluginfile.php/7094/mod_resource/content/1/18_brumario_de_luis_bonaparte_Karl_Marx_.pdf

- Marx, K. (2018). *El Capital*. Fundación Editorial El perro y la lana.
https://www.marxists.org/espanol/m-e/selecciones/la_llamada_acumulacion_originaria.pdf
- Motolo, A. (2009). *Nacionalismo e Iglesia en Italia: El separatismo liberal de Giovanni Giolitti (1903-1914)*. Navegando, (3).
<https://www.enah.edu.mx/publicaciones/documentos2/213.pdf>
- Nelson Examiner. (27 de febrero de 1858). Latest Indian Intelligence. *Nelson Examiner*.
<https://paperspast.natlib.govt.nz/newspapers/NENZC18580227.2.15>
- O'Rourke, K. H., & Williamson, J. G. (2017). The Industrialization of Italy, 1861–1971. En K. H. O'Rourke & J. G. Williamson (Eds.), *The spread of modern industry to the periphery since 1871* (pp. 115-141). Oxford University Press.
<https://doi.org/10.1093/acprof:oso/9780198753643.003.0006>
- Pastori, G. (2013). Technical Innovation and Social Conservatism in the Narrative of the Turco-Italian War. En *Acta del 39° Congresso della Commissione Internazionale di Storia Militare, "Le operazioni interforze e multinazionali nella storia militare"*, Torino, 1-6 Settembre 2013, Tomo II (pp. 1213-1220). Commissione Italiana di Storia Militare.
- Polanyi, K. (2007) *La gran transformación*, Quipu editorial.
https://resistir.info/livros/la_gran_transformacion.pdf
- Robinson, R. (1978). Bases no europeas del imperialismo europeo: Esbozo para una teoría de la colaboración. En R. Owen & B. Sutcliffe, *Estudios sobre la teoría del imperialismo* (pp. 128-135). Ediciones Era.
- Sacco, L. (1913). *Stazione radio telegrafica montata su cammello durante la guerra italo-turca* [Fotografía]. Archivo fotográfico Luigi Sacco.
https://it.wikipedia.org/wiki/File:Stazione_su_cammello.jpg
- Salomone, A. W. (1945). *Italian Democracy in the Making: the political scene in the Giolittian Era, 1900-1914*. University of Pennsylvania Press.
<https://archive.org/details/italiandemocracy0000awil/page/n5/mode/2up>
- Segreto, L. (1993). La industria de armamento y el desarrollo económico italiano (1861-1939). *Revista de Historia Industrial*, (pp.65-91).
<https://www.raco.cat/index.php/HistoriaIndustrial/article/download/62478/84792>

- Smith, D. M. (1997). *Modern Italy: A political history*. University of Michigan Press.
<https://archive.org/details/modernitalypolit0000mack/page/242/mode/2up>
- Sznajder, M. (2007). Sindicalismo revolucionario y fascismo: ideología y estilo político. *Estudios Sociales: Revista Universitaria Semestral*, 33(1), 15-29.
- Tratado de la Triple Alianza. (5 de diciembre de 1912). Imperio Austrohúngaro.
<https://net.lib.byu.edu/estu/wwi/1914m/tripall2.html.bak>
- Ungari, A. (2018). Why did the Italians go to Libya? En S. Bekele, U. Chelati Dirar, A. Volterra, & M. Zaccaria (Eds.), *The First World War from Tripoli to Addis Ababa (1911-1924)*. Centre français des études éthiopiennes.
<https://doi.org/10.4000/books.cfee.1511>
- Videnović, M. (2023). The Outbreak of the First Balkan War and the Italo-Turkish Peace Negotiations in Lausanne in 1912. *Balkanica*, (54), 103-128.
- Webster, R. A. (1974). The Political and Industrial Strategies of a Mixed Investment Bank: Italian Industrial Financing and the Banca Commerciale 1894-1915. *VSWG: Vierteljahrschrift Für Sozial- Und Wirtschaftsgeschichte*, 61(3), 320–371.
<http://www.jstor.org/stable/20730057>
- Wright Brothers. (1905). *Left front view of flight 46, Orville shown turning to the left, in the last photographed flight of 1905; Huffman Prairie, Dayton, Ohio* [Fotografía]. Library of Congress <https://www.loc.gov/pictures/resource/ppprs.00640/>
- Wrigley, W. D. (1980). Germany and the Turco-Italian War, 1911-1912. *International Journal of Middle East Studies*, 11(3), 313–338. <http://www.jstor.org/stable/162664>